

Roca y Cristal

Roca y Cristal

Montse Martín



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Montse Martín 2026

© Entre Libros Editorial LxL 2026

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: febrero 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-43-8

Depósito legal: AL-0015-2026

Impreso en España - Printed in Spain

*A mi madre, porque estoy convencida de que,
desde allá donde esté, me ayudó a escribir esta historia*

PRÓLOGO

Estoy en la sala de espera del Nuevo Hebrón. Huele a antiséptico, a sudor, a lágrimas. Anais, a mi lado, me coge una mano mientras con la otra tamborilea sobre el asiento. Intento vaciar la mente de pensamientos indeseados y me limito a esperar. Pasan horas que parecen siglos hasta que el médico sale del quirófano, aún embutido en su bata verde. Se retira la mascarilla higiénica y una sonrisa ilumina su rostro.

—La operación ha salido bien —nos anuncia—. Su hija está estable.

Quiero gritar, reír, llorar. Le agradezco a un dios en quien no creo el haber salvado la vida de nuestra pequeña. Abrazo a Anais y noto la humedad de sus lágrimas sobre mi hombro. Solo una palabra logra helarme la sangre.

—Pero... —Me acerco al médico con la tentación de zarandearle para que acabe la frase. Él lo hace sin necesidad de que recurra a la violencia—. Por ahora está bien, pero va a necesitar una segunda cirugía para colocarle otra válvula. Y medicación durante el resto de su vida...

Anais suspira con resignación y yo me trago la rabia y la indignación. Porque sé el esfuerzo que nos va a suponer a los dos. Y a ella. Solo tiene siete años y su futuro ya está hipotecado.

«Esto va a terminar», me prometo a mí mismo.

Una vez que mi hija está en casa, vuelvo a las reuniones clandestinas. Las hacemos en los lavabos de la fábrica de aire artificial en la que trabajo, el único lugar libre de drones. Mis compañeros dedican apenas unos minutos a interesarse por su salud y seguimos donde lo dejamos la última vez. Joan saca su terminal y abre un documento. Enseguida un mapa llena la pantalla.

—La casa de la presidenta está al final de esta calle —comenta, señalando un punto en el plano. Resigue una línea imaginaria con la yema—. El intercambiador está aquí. Son veinte minutos a pie, diez si cogemos una de las pasarelas automáticas. ¿Lo tenemos todo listo?

Mi mirada se desvía de manera inconsciente a las mochilas que se apilaban en la esquina del baño. Están cerradas, pero puedo imaginar el contorno de lo que hay dentro, incluso el frío del metal bajo la palma. No ha sido fácil conseguirlas. Por suerte, Joan conocía a un amigo que tenía un amigo que conocía a un familiar que sabía cómo traer armas de contrabando.

—¿Estamos seguros de que queremos hacer esto? —pregunta Bernat, con un hilo de voz.

—Esa no es la pregunta que debemos hacernos —digo, apretando los puños sobre las rodillas—, sino: ¿por qué tenemos que vivir sin derechos cuando hay personas que lo tienen todo? ¿Por qué vivimos bajo tierra mientras otros lo hacen allí arriba, en esa ciudad con suelos de grafeno y paredes de cristal?

Todos sabemos la respuesta a esa pregunta. Para abreviar: porque tuvimos mala suerte. Porque nuestros antepasados más lejanos, aquellos que necesitaron refugiarse en los túneles del metro cuando el aire se volvió irrespirable, eran pobres. Lo bastante

pobres para no poder permitirse un búnker o un refugio en la superficie, como los ricos y poderosos.

Esto debe acabar, me lo repito siempre como un mantra. Puede que lo que vayamos a hacer esta noche no cambie las cosas de manera radical, pero será un primer paso. Llevamos demasiado tiempo así. Mientras nuestros antepasados consintieron permanecer bajo tierra, viviendo entre las vías del metro, en el germen de lo que acabaría siendo nuestra ciudad, los que gobernaban decidieron que no estaban conformes. Sus búnkeres lujosos no eran suficientes, así que se marcharon y construyeron otra ciudad solo para ellos. No se fueron muy lejos: encima de Barcelona. Encima de nosotros. Lógico, por otro lado, ya que para ellos siempre hemos estado por debajo. De ese modo nos lo demostraban.

—Esta noche será el inicio del final para ellos —les aseguro.

Mientras espero a que el ascensor acabe de subir, me pregunto cómo me llamarán en el futuro los libros de historia. ¿Seré Martí Castell, el iniciador de la revolución del pueblo de roca? ¿O Martí Castell, terrorista y asesino? Acaricio el contorno de las armas bajo la mochila y sonrío. La verdad es que no me importa.

Salimos del ascensor y nos enfrentamos a ese aire que huele a ozono puro pese a que es tan artificial como el que respiramos nosotros. Lo sé bien porque me dedico a fabricarlo. Ahora es un proceso sencillo, bastante aburrido incluso, pero en sus inicios era caro, costoso y elaborado. Muchos países pobres ni siquiera se lo pudieron permitir y, como entonces, igual que ahora, no existía un gobierno mundial que asegurara los derechos de todos los seres humanos, se les dejó a su suerte. Fue la desgracia de haberles tocado vivir en un mundo donde quienes mandaban eran los ricos. Nosotros hemos heredado ese mundo, pero cualquiera puede deshacerse de su herencia si así lo desea.

Me adentro por las calles acristaladas seguido de mis compañeros. Reconozco que no es la primera vez que subo; tenía diez años y

convencí a mis padres para ir al intercambiador a visitar la ciudad. Sentía curiosidad. Quería saber cómo vivían esas personas. Por qué ellos estaban allí arriba y nosotros aquí abajo. Y la respuesta fue clara: no hay una respuesta. No existe un motivo. Ellos quisieron apartarse de nosotros, fueron los que se marcharon. Y lo hicieron porque no quieren tenernos cerca. Por eso ponen precios tan abusivos a sus casas: para que no podamos comprarlas.

No sé si es por anticipación de lo que estamos a punto de hacer, pero empiezo a sentirme mareado. Cuando subo a la pasarela automática, siento que la cabeza me da vueltas. Tal vez es porque no estoy acostumbrado a que el suelo se mueva bajo mis pies. O puede que sea por otro motivo. La cabeza me duele tanto que creo que me va a explotar.

—No me encuentro muy bien... —consigo decir antes de caer redondo.

Cuando despierto, estoy en el Nuevo Hebrón, tumbado en una de sus incómodas camillas. Anais está a mi lado y un médico con aspecto preocupado me dedica un saludo apagado.

—Señor Castell... —titubea, no sabe qué palabras usar para decirme lo que sea que tiene que decirme. Está claro que no puede ser bueno—. ¿Recuerda algo?

Desde luego que sí, iba a matar a la presidenta de la república. ¿Lo hice?

—Sus compañeros de la fábrica le trajeron después de que se desmayara —me explica—. Por desgracia, hemos detectado un tumor en su cerebro, señor Castell. Está en un estado bastante avanzado, pero todavía es posible extirparlo.

—¿Tumor? ¿Extirparlo? —repito sus palabras sin comprenderlas.

—Es una intervención posible, aunque muy cara. Y después tendrá que someterse a un tratamiento también costoso. Estaríamos hablando de...

Me da una cifra y sé, en ese preciso segundo, que mi vida ha terminado. No puedo permitirme curarme si también quiero curar a mi hija. He de elegir entre los dos y, por supuesto, esa elección la hice en el momento en que ella nació.

¿Qué hubiera pasado si nuestros antepasados no hubieran sido los que se quedaron bajo tierra? ¿Y si se hubiesen mudado a la ciudad acristalada junto a todos los demás ricos y poderosos? Allí tienen sanidad gratuita. Allí podríamos habernos curado los dos. El tumor a veces me hace olvidar cosas, pero nunca olvido la injusticia. El dolor de no poder ver crecer a mi hija. La incertidumbre de dejarlas solas.

Y la rabia por no haber podido empezar mi revolución: Martí Castell, el hombre que quiso cambiar el mundo y ni siquiera llegó a intentarlo. Tampoco mis compañeros de la fábrica han continuado. Tal vez teman que el tumor haya sido un castigo de algún dios del pasado por haber pensado en arrebatar una vida para conseguir cambiar las nuestras.

Es tarde para mí, pero tal vez no para nosotros. Para nuestro pueblo. Por favor, hija mía, no permitas que tu vida, tu tan valiosa vida, se atrofie entre la roca. Sal. Lucha. Cambia las cosas. Cambia el futuro.

Lucha, Queralt. Lucha por el pueblo de roca. Lucha por la Ciudad Soterrada.

CAPÍTULO 1



Abril

Las novelas de ciencia ficción del siglo XXI fantaseaban con la caída de un meteorito, una invasión alienígena o una avalancha de muertos vivientes como posibles causas del fin de los tiempos. Dos siglos después, la realidad les había enseñado que ese final podía llegar por la falta de algo que siempre había estado a su lado y cuya presencia habían dado por segura: el aire.

Abril deslizó una mano sobre el lomo de uno de los ejemplares de la librería y percibió el grosor y la rugosidad del cartón de las tapas. Lo abrió y acarició las letras escritas en esas viejas páginas. Su cerebro se llenó de cientos de imágenes de ilusiones, esperanzas y sueños. Leyó algunas de las palabras impresas más de dos siglos atrás; pese a la ingenuidad de aquellos escritores, siempre le gustaba pararse a leer lo que habían imaginado sobre el futuro en el que ella vivía. La palabra *sequía*, repetida varias veces en la misma página, le provocó una sonrisa.

«Sin agua —pensó—. Si hubiesen sabido que su futuro sería sin aire...».

Solo tenía oxígeno para una hora, así que cerró el libro y lo guardó en la mochila. Reanudó su paseo por la tienda, vacía y silenciosa como un cementerio, entre las estanterías llenas de recuerdos mudos de un pasado inexistente, testigos de todo aquello a lo que los humanos habían tenido que renunciar: objetos perecederos y poco valiosos, revistas, periódicos, juguetes, ropa vieja...

Anduvo hasta el fondo de la tienda. Por algún motivo, los volúmenes que se almacenaban allí se habían conservado peor, aunque sus títulos todavía resultaban visibles en los lomos. Acarició las letras en relieve de uno de ellos y sonrió. Voló sin moverse del sitio hasta su infancia, al día en el que tocó un ejemplar de papel por primera vez. Hasta ese momento solo los había visto tras las vitriñas acristaladas de los museos, donde estaba prohibido acercarse.

Su madre había encontrado una antigua versión de *La Orden del Fénix* en una de sus salidas a las ruinas y lo llevó a casa con la reverencia de quien presenta a su hijo recién nacido. La obligó a lavarse las manos con jabón para no manchar las delicadas páginas y le advirtió que debía tener mucho cuidado porque a veces se deshacían. Olía a vejez, tenía las hojas amarillentas y era más pesado que su terminal digital, pero la huella que dejó en sus manos y en su corazón permanecía más de veinte años después.

Abandonó el pasillo de ciencia ficción y pasó junto a la estantería de las obras no literarias. Esa sección no le resultaba tan interesante, y solo había un libro que despertaba su curiosidad. Lo encontró en el lugar donde lo había dejado la última vez, con el lomo hacia dentro para que destacara entre los demás: una biografía de Yiruma.

El músico la observaba desde la portada con una mirada amigable y llena de vida, pese a llevar muerto más de dos siglos, con esos ojos oscuros y afilados tan parecidos a los de su madre y un poco a los suyos. Siempre le había llenado de un orgullo inexplicable

que uno de los mejores pianistas del siglo XXI hubiera tenido los mismos orígenes surcoreanos que ella.

El mecanismo de la mascarilla soltó un pitido para avisarla de que le quedaban menos de veinte minutos de oxígeno y Abril ahogó una exclamación. Siempre pasaba igual: cuando salía a la superficie en busca de sus tan preciados tesoros, las horas volaban.

Se aseguró de que la cremallera de la mochila estaba cerrada, se ajustó bien la cinta detrás de la cabeza y anduvo con paso rápido hasta el exterior de la tienda. Su moto la esperaba debajo del cartel azul con letras negras de la librería, en mitad de una calle donde el único sonido era el bombeo de oxígeno de su mascarilla.

Si forzaba la imaginación, era capaz de ver a los antiguos habitantes de la ciudad mientras paseaban. Agudizando el oído, podía incluso escuchar sus conversaciones. Tal vez hablaran sobre sus trabajos, sus familias, sobre el resultado del partido de fútbol más reciente o incluso sobre el argumento de la última película que habían visto o del último libro que habían leído. Pero no hablarían del desastre que estaban a punto de sufrir y que les conduciría a un éxodo gradual y paulatino que acabaría dejando vacías la mayoría de las calles del mundo.

Todavía le sorprendía la escasa anticipación de sus antepasados. El planeta llevaba tiempo avisando de que la vida se había vuelto insostenible: el aire cada vez estaba más contaminado y todos los años morían personas por culpa de enfermedades causadas por ese mal. La gente debía usar de manera constante una de esas viejas mascarillas de descontaminación que utilizaban filtros para limpiar la polución del oxígeno, porque no hacerlo equivalía a una agonía de varios meses y a una muerte lenta y dolorosa. Decían que era como ahogarse en el mar.

Por suerte, la tecnología estaba de su parte y los científicos, que llevaban años trabajando en un aire artificial no tóxico, lograron crearlo antes de que los índices de contaminación subieran tanto que las máscaras quedaran obsoletas. Cuando la situación se volvió

irreversible, las personas tuvieron que mudarse a refugios bajo tierra o, si habían sido previsoras y contaban con los medios adecuados, a los búnkeres que los habitantes más adinerados habían construido para ese fin.

No pudieron llevarse todas sus pertenencias con ellos porque no había suficiente espacio, y dejaron sus hogares, mercados y tiendas convertidos en museos silenciosos, congelados en el tiempo. Se bombearon litros y litros de oxígeno falso a esas incipientes ciudades subterráneas y, así, contra todo pronóstico, la especie humana sobrevivió a la catástrofe que ella misma había provocado.

Abril se subió al asiento y apretó el botón de encendido. El viejo motor eléctrico se quejó con un suspiro. Mientras esperaba a que se calentara, conectó su terminal al sistema de sonido y buscó uno de sus temas favoritos de Yiruma.

La moto lanzó un breve pitido para informarle de que ya estaba lista. Abril apretó el manillar y el vehículo avanzó en silencio entre las limpias calles de Barcelona. Desde que los humanos habían desaparecido de la superficie, no había nadie que las ensuciara. El aire envenenado golpeaba su cara y hacía bailar su larga mata de pelo oscuro.

Giró por una calle que desembocaba en el viejo paseo de San Juan. Los árboles que antaño habían jalonado la avenida desbordaban la acera y sus raíces sobresalían como los angulosos dedos de un monstruo subterráneo. Los antiguos barceloneses debían dar la vuelta a lo largo de todo el paseo, pero Abril lo cruzó en línea recta y bajó hasta llegar a los aledaños del Arco de Triunfo. Se detuvo y, como ya era su costumbre, se quedó observando el monumento durante unos minutos. La piedra estaba cubierta de excrementos secos de palomas, de cuando todavía volaban las aves en el cielo, que no habían logrado borrar su aspecto imponente.

Junto al Arco de Triunfo se encontraba la antigua estación de metro que compartía nombre con el monumento y que, en la actualidad, se usaba como acceso e intercambiador entre la Ciudad

de Cristal y la Soterrada. Como los demás intercambiadores, había reutilizado la antigua entrada de metro y mantenido la cristalera original que envolvía el vestíbulo igual que una enorme pecera. Las escaleras mecánicas que siglos atrás conducían hacia las vías ya habían desaparecido, y en su lugar solo quedaba un único ascensor al fondo que conectaba las tres ciudades.

Se bajó de la moto y la llevó a pie hasta el interior del vestíbulo, tan vacío que el escaso ruido de los neumáticos provocó eco en las paredes. Una vibración en el mecanismo de su mascarilla le hizo saber que le quedaba aire para diez minutos. Caminó despacio hasta el ascensor y, una vez dentro, pulsó el botón inferior de los tres que se alineaban en la pared del fondo. Clavó la vista en la pantalla de la parte superior, donde una luz del color de la sangre bañaba las paredes de metal de la cabina. Debajo, un cartel recordaba que estaba prohibido entrar sin mascarilla de oxígeno.

El elevador descendió, se detuvo con un chirrido y las puertas se abrieron a la vez que la luz de la pantalla cambiaba a verde. Abril aún tuvo que esperar a que el sistema de saneamiento rociara sus ropas para eliminar partículas y residuos contaminantes. Se quitó la máscara y respiró el oxígeno artificial de la Ciudad Soterrada como si le fuera la vida en ello.

Mientras sacaba la moto del ascensor, se preguntó si el aire de verdad apestaría también a ese olor a caucho viejo mezclado con agua estancada. Al pisar la calle miró hacia arriba; la piedra que cubría el techo de la ciudad le dio la bienvenida y le recordó que aquel era su hogar. Sus salidas a las ruinas solo eran divertimentos, pequeños oasis de luz en una vida oscura y rodeada de roca.

Colgó la máscara en el manillar y volvió a subirse al asiento. El vehículo arrancó con un leve siseo y Abril se adentró en el sector más meridional del Barrio del Arco. El tamaño de las calles, estrechas y claustrofóbicas, cubiertas por una pared de roca irregular donde unos faroles mal encajados se esforzaban por dar una luz titilante y fría, testimoniaba su pasado como parte de la red de

metro. El suelo presentaba baches en muchos puntos y las ruedas de su moto saltaban si aceleraba demasiado.

Se detuvo en un cruce y esperó a que un grupo de adolescentes lo atravesaran. Varios agitaron las manos al verla y ella les devolvió el saludo. Llegó a la siguiente intersección y giró por la avenida Presidenta Espino, llamada así en honor a la primera mandataria de la República. A esa hora de la mañana, las tiendas, apiñadas a los lados de la calle para aprovechar el poco espacio disponible, estaban abiertas y atestadas de personas que realizaban sus compras diarias. Pasó junto a la frutería de Anna, que colocaba unas manzanas de dudoso aspecto en unos estantes. Cerca de allí, encajado en la roca aprovechando el espacio que en el pasado había ocupado una estación de metro, estaba el colegio García Lorca y tuvo que reducir la velocidad de la moto. Tres niños gritaron su nombre desde la acera.

—¡Hola, Abril!

Ella les guiñó un ojo y siguió su camino. Estaba acostumbrada a que la gente la saludara por la calle; esa zona del Barrio del Arco era pequeña y todo el mundo se conocía. Cruzó junto al colegio y observó que todavía no habían reparado el sector occidental, que se había derrumbado hacía un mes. No hubo que lamentar daños graves, pero los niños habían tenido que ser realojados en otras salas y ahora daban clases más apretados. Como el aire acondicionado del centro llevaba años estropeado, los pequeños pasaban muchísimo calor.

Giró por la derecha y enfiló por la estrecha calle Antiguos Remedios. Vio un dron dorado de la policía sobrevolando la acera y se apresuró a relajar la mano sobre el acelerador. Siguió recto hasta una placita que se había construido en lo que antaño debió ser el vestíbulo de una estación, y dejó la moto delante de un pequeño local con la puerta cerrada y un letrero encima que rezaba: Libros Kang. Cogió la mochila y se la colgó sobre la chaqueta de color ceniza. Se dirigió a la tienda y abrió la puerta

con un ligero empujón. Enseguida le llegó el aroma familiar a sándalo y vainilla.

—Ya estoy aquí —anunció.

Caminó hasta el mostrador y dejó su mochila sobre el cristal. Sintió una bocanada de calor cuando la puerta del fondo se abrió y su madre emergió de ella como si fuera un demonio saliendo de los infiernos.

—Abril, cielo.

Gala Kang rodeó el mostrador y envolvió a su hija entre sus brazos suaves y calientes. Su pelo del color del carbón olía a melocotón y a nostalgia.

—¿Todavía no has arreglado el aire acondicionado? —preguntó Abril.

Su madre sacudió los hombros y le dedicó su sonrisa de calma imperturbable, con la que prometía que ningún problema podría trastornarla jamás. Ni aunque en el interior de la tienda la temperatura ascendiera a casi cuarenta grados.

—Estoy bien —fue su parca respuesta—. ¿Qué me traes hoy?

Abril abrió la mochila y sacó el libro que se había llevado de la librería. Gala lo cogió con reverencia y acarició la cubierta con sus dedos de pianista. Lo abrió y aspiró el aroma a papel viejo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Donde siempre. Creo que no lo he leído.

—Lo buscaré en mis archivos.

Su madre llevó el libro hasta la trastienda y lo guardó en lo que ella llamaba El Cajón de los Tesoros. Se trataba de un simple baúl de acero donde almacenaba todos los objetos antiguos que en los museos no compraban al no ser considerados valiosos.

—¿Y papá? —quiso saber Abril mientras cerraba de nuevo la mochila.

—Lo he convencido para solicitar la pensión de invalidez.

—¿En serio? —La joven esbozó una amplia sonrisa.

Su padre hacía años que no podía trabajar a causa de una enfermedad en los huesos, así que el único sueldo que entraba en su casa era el de su madre y lo que ella y su hermano Oliver podían aportar. En los últimos años el primer ministro Itzal Agramunt había logrado sacar adelante una prestación especial para las personas en esa situación. Un derecho habitual dos siglos atrás y que había desaparecido después de tantos gobiernos retrógrados y conservadores.

—No sabes lo que me ha costado. —Su madre salió de la trastienda y cerró la puerta tras ella. La nube de calor quedó atrapada detrás y Abril lo agradeció—. Está seguro de que ese subsidio no es más que una trampa del gobierno de Liberación para..., bueno, para algo. —Gala sonrió—. Creo que ni siquiera él sabe para qué.

—Si necesitáis cualquier cosa...

—Te iba a pedir un favor, sí. —Su madre abrió uno de los estantes y comenzó a recolocar los terminales digitales de su interior. Eran modelos baratos, algo más grandes que la palma de la mano, los únicos que la gente de la Ciudad Soterrada se podían permitir—. No sé si será necesario hacer algunos trámites en la Ciudad de Cristal. Ya sabes que tu padre no quiere ni pisarla y como tú vas a tener que ir de todos modos...

Abril asintió. Casi se había olvidado de que en una semana sus visitas allí arriba serían habituales. Todavía no estaba segura de si se sentía preparada para ello. Como siempre, a su madre no le costó detectar su turbación. Se acercó a ella y le cogió la cara entre las manos. Cuando estaban tan cerca su parecido físico se hacía evidente: ambas compartían los mismos ojos oscuros, el mismo pelo negro y espeso, y el mismo color de piel aceitunado.

—Lo harás bien —le aseguró Gala—. No tengo la más mínima duda. Haces mucha falta en este país, Abril. Gente como tú hace mucha falta.

Ella lo sabía. No le apetecía hablar de su futuro próximo, así que buscó una manera rápida de cambiar de tema:

—¿Qué trámite necesita papá para el subsidio?

Gala sacó su terminal de un cajón y lo encendió. En la pantalla apareció su identificación personal y obligatoria, con su foto más reciente y el borde de color pardo que la identificaba como ciudadana del Barrio del Arco. La retiró con un rápido gesto de la mano y accedió a sus archivos personales.

—Lo tengo aquí.

Le mostró un documento en la pantalla y Abril leyó todo el texto, incluida la letra pequeña.

—Creo que basta con hacer la solicitud telemática —observó—. Es un momento. Puedo hacerlo ahora mismo.

—¿No hace falta ir a la diputación?

—No, en teoría.

Realizó la gestión, que tardó más de lo previsto por culpa de la débil conexión inalámbrica que su madre tenía contratada en el local.

—Ya está hecho. Os avisarán si hiciera falta algo más.

Se colgó la mochila a la espalda y se despidió de Gala con dos besos.

—Dale recuerdos a Oliver de nuestra parte —le pidió ella antes de que saliera de la tienda—. Y dile que venga de vez en cuando a vernos. A veces nos olvidamos de que tenemos dos hijos.

—Se lo diré.

Abril condujo hasta el piso que tenía alquilado con su hermano, situado en el extremo noroccidental del Barrio del Arco, muy cerca del Barrio de la Estación. Varios metros por encima se encontraban las estribaciones más septentrionales de la antigua plaza Cataluña, donde todavía algunos osados se atrevían a subir cada veintitrés de mayo para celebrar la instauración de la República más de un siglo atrás.

Llegó hasta la calle Estany, una callejuela estrecha construida sobre un antiguo canal que terminaba en un pasadizo sucio con un permanente olor a orín de perro, y aparcó delante del portal

número siete. Esos edificios, fabricados con materiales reciclados y aprovechando el escaso espacio disponible, eran estrechos y apenas contaban con iluminación en sus fachadas.

Mientras esperaba a que el motor se enfriara, miró hacia el techo de la ciudad de manera distraída. Estaba más que acostumbrada a su vida en la Ciudad Soterrada, donde había nacido y donde llevaba viviendo treinta y cuatro años, pero siempre que volvía del exterior anhelaba mirar hacia el cielo y no ver una masa de tierra sobre su cabeza.

Se bajó de la moto y fue hasta la puerta de acceso a la finca, que como siempre estaba abierta. Dedujo que habrían sido sus vecinos de abajo, ya que tenían la mala costumbre de no cerrar la puerta y luego protestar cuando algún mendigo pasaba la noche en el portal. Cuando tenía ocho años, descubrió a una pareja que había aprovechado para entrar y desfogar sus instintos más primarios. Era la primera vez que veía a dos personas hacer el amor y la visión la dejó marcada durante varios meses.

Cerró el portal tras ella y subió las escaleras estrechas y empujadas hasta el último piso. Esos bloques de viviendas solo podían albergar dos alturas si no querían que su tejado se empotrara contra la roca del techo. Al llegar a la puerta de su apartamento, sacó el terminal y escaneó el código identificativo en el lector que ocupaba el lugar de la cerradura. Una vibración y un zumbido le advirtieron de que la lectura no se había realizado bien. Pasó el código una segunda vez y el resultado fue idéntico.

—Maldita sea —murmuró.

Llamó a la puerta y solo le contestó el silencio. Como imaginaba, Oliver todavía no había llegado del trabajo. Volvió a pasar el código, sin éxito. Se mordió el labio inferior y sopesó entre esperar a que llegara su hermano o intentarlo una cuarta vez. Sabía que, si el lector detectaba cuatro intentos irregulares, contactaría de manera automática con la policía. «Tal vez sea buena idea —pensó—. Si les enseño mi identificación, verán que soy yo». Eso si no le daban

una paliza, ya que la policía estaba acostumbrada a actuar antes y pensar después, sobre todo en la Ciudad Soterrada.

Decidió arriesgarse. Mantuvo la respiración y pasó el identificador de nuevo por el escáner. Tras unos interminables segundos, una luz verde apareció en la pantalla del lector y un clic avisó de que la puerta se había abierto. Dejó escapar el aire de los pulmones y maldijo esos lectores baratos que fallaban más veces de las que funcionaban.

Entró en el apartamento y tiró la mochila de cualquier manera en el suelo. Minerva corrió a saludarla y se restregó en sus piernas. Era su manera de darle la bienvenida desde hacía ya cuatro años y, sobre todo, de pedirle comida. Minerva comía más que ella y Oliver juntos.

Abril entró en la cocina y le abrió una lata de pollo con guisantes. Mientras la gata devoraba el manjar, la joven se entretuvo con las labores de la casa. Puso una lavadora, limpió los armarios y empezó a preparar la cena. Encendió el televisor del salón y, de fondo, dejó un canal de cine clásico. Las imágenes de una vieja película de acción de los años noventa del siglo xx se desparramaron por las paredes y tiñeron de colores el pelaje gris de Minerva, que observaba la pantalla sentada en el sofá.

La puerta zumbó y supo que el lector había vuelto a fallar, así que fue a abrirla a toda prisa. Oliver la saludó con un resoplido y una maldición.

—Hay que cambiar este condenado lector —dijo, tras cerrar con un portazo.

Minerva bajó del sofá y corrió hacia él.

—No tenemos dinero —replicó Abril.

Aunque su hermano tenía cinco años menos que ella, hacía tiempo que había dejado de ser un niño y era consciente de que no podían darse caprichos.

Oliver acarició el lomo de la gata y siguió el olor a comida hasta la cocina.

—¡Sopa de pollo! ¿Otra vez?

—Estaba a punto de caducar —le explicó ella—. ¿Qué tal tu día?

El joven empezó a remover la cuchara de madera dentro de la cacerola mientras Minerva se subía a la mesa y pedía mimos con una serie de maullidos insistentes.

—Mal. Como siempre. Odio mi trabajo.

Su hermano trabajaba en una planta de fabricación de oxígeno artificial en la parte norte de la ciudad. Cada día tenía que coger el metro hasta el Barrio Alto, situado bajo montañas y altiplanos, y luego un autobús especial que iba directo a la ciudad industrial. Cientos de personas trabajaban allí, apiñadas en unas barracas diminutas, con un aire acondicionado que estaba estropeado la mayor parte del tiempo. Las jornadas solían superar las doce horas y el sueldo no era muy alto. Las horas extra eran habituales y por eso Oliver solía llegar a casa por la noche, cansado y derrotado. Tenía solo veintinueve años y aparentaba diez más. Sus ojos estaban marcados por unas ojeras permanentes y en su frente se habían instalado unas prematuras marcas de expresión.

—Además hoy se ha estropeado el dron con el que trabajo —masculló mientras daba vueltas a la cuchara con tanta fuerza que derramó un poco de caldo sobre el fuego—. Supongo que lo sustituirán por uno viejo, de esos que parecen de hojalata. Nos pagan una porquería y después no tienen suficiente dinero para darnos material de calidad. Eso sí, la maldita policía tiene excedente de drones buenos. Claro, ellos necesitan los mejores recursos para mantenernos controlados y multarnos por todo...

—Piensa en lo importante que es tu trabajo —comentó Abril, rascando a Minerva detrás de las orejas. La gata empezó a ronronear—. Sin vosotros, no tendríamos oxígeno.

Oliver lanzó una risotada.

—¿Llamas oxígeno a lo que respiramos aquí abajo? ¿Nunca te has preguntado por qué el aire aquí huele tan mal?

Ella suspiró. Lo sabía, y además a su hermano le encantaba recordárselo.

—El mejor aire siempre se reserva para la Ciudad de Cristal. No podemos dejar que los ricos y poderosos se llenen los pulmones con la bazofia que nos tragamos nosotros aquí.

—Nuestro aire no es perjudicial —le recordó Abril, obligando a Minerva a bajarse de la mesa. Desde el televisor del salón llegaban los disparos que un policía vestido con camiseta de tirantes lanzaba a sus enemigos—. Solo huele mal.

—¿Y por qué tenemos que sufrirlo nosotros? —Oliver dejó caer con rabia la cuchara de madera sobre la encimera. Se pasó una mano por su pelo negro—. Todo esto es culpa de los de arriba. Los ricos siempre nos han manipulado como han querido.

Ella suspiró. Oliver apagó el fuego y removió el caldo para acabar de quitar la capa de grasa de la superficie.

—¿Sabes lo que me mantiene animado? Que sé que todo cambiará pronto. —Abril lo miró y percibió la esperanza en sus ojos oscuros—. Vosotros lo conseguiréis. Lo único que lamento es que tengas que codearte con esa gentuza.

Ella forzó una mueca. Fue hasta el armario de la cocina y sacó dos platos hondos.

—Yo también lo lamento —reconoció. Nunca se lo había dicho a sus padres, pero con Oliver tenía confianza—. Mamá suele decirme que intente verlos como lo que son: personas.

Su hermano soltó una carcajada.

—Esos monstruos no son personas —protestó. Empezó a apartar el caldo en los platos—. Los Quirós, los Vela, los Grec... Y los Fontana. Sobre todo los Fontana. No sabes cuánto detesto a esas familias. Por su culpa, nosotros estamos así.

Abril rebuscó los únicos trozos de pollo y los puso en el plato de su hermano. Él le lanzó una mirada agradecida y esbozó una sonrisa.

Al día siguiente, se levantó temprano. Se tomó su habitual tazón de leche con cereales a la vez que escuchaba las noticias en la televisión. Mientras Minerva desayunaba una lata de pollo, se duchó con

el exangüe chorro de agua caliente que salía de la ducha y se vistió con los primeros pantalones y camiseta limpios que encontró. La gata le exigió caricias, pero Abril tenía prisa y solo pudo darle una suave palmada en el lomo. No quería llegar tarde a su primera reunión como miembro oficial de la Cámara de Representantes.

Aunque habían registrado a su grupo con el nombre Partido Laborista por la Igualdad, todos los medios de comunicación lo habían simplificado en Igualdad. El partido había nacido en las entrañas de la Ciudad Soterrada siete años atrás, cuando las jóvenes e idealistas Abril Soler y Ariadna Torres se conocieron. Ambas compartían la rabia y la frustración de ver cómo los poderosos de arriba controlaban la política del país y se habían dado cuenta de que no existía ningún partido que representara a los trabajadores de su ciudad, esas personas que no pertenecían a familias con apellidos ilustres ni poseían cuentas bancarias desorbitadas. Así que decidieron crearlo ellas.

Había sido un camino largo y difícil. Durante los primeros años, sus nombres pasaron desapercibidos para la mayoría de la población. En la Ciudad Soterrada habían apostado siempre por Liberación, el grupo político que se seguía considerando a sí mismo progresista y moderno. En las últimas décadas la situación había cambiado: el partido había tenido que derivar hacia el conservadurismo para no molestar a las grandes familias y empresas. La clase trabajadora se había percatado y, por eso, en las últimas elecciones generales de junio, Igualdad consiguió una tímida representación en la Cámara.

Abril condujo hasta el barrio de la Sagera. La sede del partido se encontraba muy cerca de la antigua estación del mismo nombre. Aunque era fácil ir en metro, prefirió hacerlo en su moto. No le gustaba moverse en transporte público porque estaba descuidado, los convoyes eran viejos, no solían tener aire acondicionado y olían mal. La mayor parte de la antigua infraestructura del metro se había aprovechado para crear las calles y plazas de la Ciudad

Soterrada, y solo unas pocas vías conservaron su función original. Eran tan viejas como los trenes que circulaban sobre ellas y acostumbraban a fallar.

Una vez, cuando tenía diecinueve años y acudía a su primer puesto de trabajo, el vagón en el que viajaba descarriló y se estrelló contra un edificio de tres pisos. Murieron siete personas en el accidente. Ella salió ilesa, pero llegó tarde al trabajo y la despidieron.

Ariadna la recibió en lo que ella llamaba la *sala de reuniones*, que no era más que un despacho de tamaño reducido dotado de una mesa redonda y unas cuantas sillas. Por lo menos el aire acondicionado funcionaba bien y pudo refrescarse bajo la ventolera fría que caía del techo.

—Los expertos dicen que las temperaturas mundiales están bajando —comentó una voz profunda a sus espaldas. Se giró y vio a Dídac Elizondo cruzar la puerta—. Y que, de aquí a un siglo, serán tan bajas que incluso se congelarán los mares del norte.

A la joven le parecía una hipótesis descabellada, aunque, según los libros de historia, tres siglos atrás había habido glaciares y, durante los inviernos, llegaba a nevar en cotas bajas.

—Eso no lo veremos. —Joel Sierra entró en la sala de reuniones y se sentó junto a Dídac. Ambos presentaban un aspecto peculiar cuando estaban juntos, lo cual era casi siempre: la piel tostada de Dídac contrastaba con la blanquecina de Joel. Era como si uno fuera la sombra gigantesca del otro.

—Por suerte —rio Dídac mientras arrellanaba su corpachón en el asiento—. ¿Os imagináis? Si el nivel del mar baja, ¿qué pasará con los animales que viven en esas regiones? ¿Morirán?

Joel lo miró como si el otro hubiera explicado un chiste.

—Se irán a regiones más altas. No digas tonterías.

Abril desvió su atención hacia la puerta, esperando verla aparecer en cualquier momento. Dídac y Joel solían ir acompañados de ella y, pese a los años que habían pasado, aún sentía ese cosquilleo en el estómago siempre que divisaba su pelo rojo o cada vez que

olía su aroma a frambuesa. En esta ocasión la espera fue en vano. Ariadna cerró la puerta y se sentó junto a los dos hombres tras pedirle a Abril que se uniera a ellos.

—¿Y Queralt? —preguntó.

—No ha podido venir —le explicó Joel—. No se encontraba bien.

Una sombra de angustia le pellizcó el corazón. Cada vez que escuchaba que Queralt estaba mal se temía que fuera la última. Ariadna se sumó a la conversación de Dídac y Joel sobre el descenso de las temperaturas y ella aprovechó para sacar su terminal y escribirle un mensaje:

Joel me ha dicho que no estás bien. ¿Necesitas que vaya a verte?

Tuvo que borrar y reescribir varias veces el texto hasta que le pareció adecuado. Lo envió y se quedó mirando la pantalla con impaciencia, esperando una respuesta que no llegó.

—He redactado la propuesta de la ley contra los despidos por baja productividad —informó Ariadna. Sacó su terminal y tecleó en él durante unos segundos—. Os la acabo de enviar a vuestros correos. Por el momento, esperaremos un poco para presentarla.

—¿Vas a dejar que se confíen? —Dídac sonrió y sus dientes del color de las perlas formaron una delgada línea entre su piel oscura.

—Ellos ya conocen nuestras intenciones —repuso Ariadna, pasándose una mano por su corta mata de pelo castaña—. De todos modos, prefiero no asustarlos tan pronto.

—Que se asusten. —Joel se quitó las gafas y las limpió con parsimonia. Sus ojos azules brillaban con intensidad—. Que sepan que sus privilegios están a punto de acabarse.

—La primera sesión será solo una toma de contacto —prosiguió Ariadna. Miró a Abril y ella tuvo que apartar la vista de la esquina izquierda de su terminal, donde se iluminaba el led indicativo de que había recibido un mensaje nuevo—. Con un discurso cordial

a modo de saludo servirá. Sé que lo harás bien —añadió con una cálida sonrisa—. Sabes hablar mejor que ninguno de nosotros.

—Cómo me gustaría estar allí —repuso Dídac. Tamborileó con los dedos sobre la mesa de cristal—. Si no necesitara el dinero para dar de comer a mi hija, hace tiempo que hubiera dejado esa maldita fábrica...

Dídac trabajaba en la empresa Duarte y Alazne, propiedad de dos familias acomodadas de la Ciudad de Cristal que se habían lucrado a costa de la fabricación de explosivos utilizados para la demolición de construcciones. Era un trabajo ingrato y mal pagado, y lo único que permitía que Dídac pagara las facturas a final de mes.

—Lo dices como si tú no comieras —comentó Joel con una sonrisa.

—Menos que ella, te lo aseguro —suspiró—. A veces echo de menos a Ana. Si hubiera sabido que ser padre soltero era tan difícil, nunca me habría divorciado.

—Revisa la propuesta —le pidió Ariadna a Abril. Ella desvió la mirada al terminal y, de manera instintiva, volvió a fijarse en la esquina izquierda. El led seguía apagado—. Es importante venderla bien en la Cámara. Sabemos que Orden y Progreso votará en contra, pero tal vez consigamos que Liberación y algún grupo pequeño la apoyen.

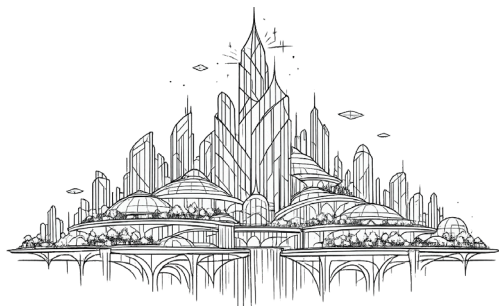
—A mí me urge la aprobación de esa ley —observó Dídac. Su rostro se ensombreció—. En diciembre mi contrato cumplirá tres años.

Abril comprendía su preocupación. Los mal llamados *despidos por baja productividad* eran el recurso de algunos empresarios para librarse de un trabajador sin previo aviso y sin necesidad de justificar un motivo real. Lo hacían para disfrutar de la subvención que el gobierno les otorgaba por contratos de tres años. Era habitual que despidieran a sus trabajadores tras ese tiempo con la excusa de que su productividad había descendido y contrataran a otros nuevos para, tres años después, repetir la operación.

Ariadna les dio unas cuantas instrucciones más y dio por finalizada la reunión. Abril volvió a comprobar su terminal: Queralt no había contestado a su mensaje. Pensó en llamarla, pero temía molestarla, así que esperó a su respuesta.

«Contéstame, Queralt. Por favor, que no te haya pasado nada malo».

CAPÍTULO 2



Niel

Niel Fontana apretó el timbre dos veces. Mientras esperaba, estudió su aspecto en las cristalerías que envolvían la casa de sus padres, se retiró una impertinente arruga de la chaqueta y se colocó bien el cuello de la camisa, a juego con el traje azabache. Una máquina de limpieza automática pasó por delante y eliminó el polvo del exterior del vidrio. Más allá se extendía un cielo cubierto por una capa de polución espesa y amarilla bajo la que brillaba un sol agónico.

Entornó los ojos y contempló el escenario que se cernía a varios metros bajo sus pies: las ruinas de lo que una vez fue la plaza Lesseps, inundada por la desordenada vegetación y, justo al lado, una iglesia a la que los siglos no habían tratado bien; las enredaderas trepaban por sus paredes del color de la arena y su campanario hacía tiempo que se había desplomado sobre las estribaciones más meridionales de la avenida República Argentina.

Unos pasos enérgicos tras la puerta llamaron su atención y, segundos después, la presencia imponente de Eric Fontana apa-

reció en el umbral. Pese a ser una de las familias más acaudaladas de Barcelona, los Fontana no contaban con servicio doméstico. Al patriarca no le gustaba que un extraño hurgara en sus cosas y siempre se vanagloriaba de que nunca había confiado en nadie más que en sí mismo.

Su padre lo saludó con una palmada en la espalda y se apartó para dejarlo entrar. Niel cruzó el amplio pasillo con suelos de gres y perdió de vista las calles acristaladas de la ciudad. El interior de la mansión familiar siempre le despertaba una dulce añoranza. Se había criado en esa casa. Sus primeros recuerdos tenían la forma del sofá de la sala de estar donde se sentaba para ver en la televisión sus programas infantiles favoritos y el olor a la papilla fabricada que compraba su madre.

El sofá seguía allí, aunque el televisor hacía tiempo que lo habían cambiado por otro más moderno. Altagracia Grec lo esperaba aposentada como una diosa en su trono celestial. Se levantó con un crujido de la seda de su vestido y anduvo hacia él como si se deslizara por una superficie de terciopelo. Había muchos que aseguraban que era la mujer más hermosa de Barcelona. No en vano, Eric Fontana se atrevió a romper un compromiso anterior para casarse con ella.

—Dan, cariño. —Su madre era la única persona que usaba la primera parte de su nombre completo para dirigirse a él. A Niel no le gustaba, pero jamás se atrevería a llevarle la contraria—. Tus tíos te esperan en el salón.

El joven se adentró en otro pasillo largo y tan ancho como cuatro personas una al lado de la otra, y llegó hasta el salón principal. La estancia más fascinante de la casa contaba con dos niveles separados por un pequeño escalón: en el inferior se extendía un gran sofá de piel sintética junto a una televisión encastrada que ocupaba toda la pared, y el superior estaba dominado por una mesa alargada de madera artificial donde se celebraban las reuniones familiares. Por detrás, una amplia cristalera ofrecía la cautivadora visión de

los árboles y la carretera semiderruida que corría paralela a la vieja plaza Lesseps.

Sus tíos estaban sentados a la mesa. Aleix Fontana, hermano menor de su padre y dueño de varios hospitales de la ciudad, se puso de pie con cierta dificultad y le dio un abrazo. Su esposa, Valeria Guerra, le mostró una mano como hacían las damas de época medieval para que él estampara un beso sobre su dorso.

Sus primos Ingrid y Adrián no tardaron en llegar. Como siempre, lo hicieron a la vez y discutiendo. Así había sido como habían llegado al mundo: juntos —ella dos minutos antes que él—, y berreando en mitad de una acalorada discusión que había empezado en el interior del útero de Valeria Guerra y que aún no parecía haber terminado.

—Perdón por llegar tarde —dijo la joven en cuanto se sentó a la mesa. Atusó su largo pelo ondulado del color de la miel oscura y se abanicó la cara con la mano—. Ha sido culpa de Adrián. He tenido que esperarlo.

—No mientas —replicó él—. He sido yo quien te ha esperado a ti.

—¿Cómo? Si estabas demasiado ocupado con tus cosas de informática...

—¿Cosas de informática? Es mi trabajo.

—¿Qué dices? —rezongó ella—. Eso es solo un pasatiempo.

Adrián se inclinó sobre su hermana y la señaló con el índice.

—El día que me necesites para borrar información comprometida del terminal de alguna de tus exnovias ya no te parecerá solo un pasatiempo.

Niel sonrió, pues ver a sus primos discutir era algo tan habitual que incluso le relajaba. Cuando se llevaban bien sentía un desasosiego incomprensible.

—No tiene importancia. —Su padre zanjó el asunto con rapidez y se sentó a la cabecera. Los demás esperaron a que el patriarca diera su visto bueno y empezaron a comer. Niel probó un trozo

de la suave carne que la cocinera había preparado; era la única concesión que había hecho su padre, quien detestaba cocinar. A su lado, Ingrid le dedicó un guiño a modo de saludo y le imitó—. Mañana será un día importante. La primera sesión del año político siempre lo es, pero este año será especial. Por primera vez Igualdad tendrá miembros en la Cámara.

—Esos sucios perros —masculló Altagracia.

—Son solo veinte diputados —observó Aleix, restándole importancia—. Vosotros tenéis cuarenta.

—Liberación tiene sesenta —comentó Valeria. Su marido se encogió de hombros.

—Liberación no apoyará a esa gente. Sus políticas también les perjudican a ellos.

Eric Fontana dio un golpe en la mesa y todos callaron. Ingrid disimuló una débil tos y Adrián le lanzó una mirada incriminatoria.

—Aquí lo que debe importarnos es otra cosa —bramó el patriarca—. Nuestro objetivo. —Alzó la mano y señaló con el tenedor a Niel, Ingrid y Adrián—. Que no se os olvide nunca, pase lo que pase, cuál es vuestro objetivo.

—Los Fontana volverán al gobierno —aseguró Ingrid. Había tanta determinación en su voz que parecía que hubiera viajado al futuro y lo hubiera visto.

Niel sabía que ese era el mayor sueño de su padre y de todos los que ostentaban el apellido Fontana con orgullo. Después del reconocimiento oficial de la República, más de un siglo atrás, su antepasado Joan Fontana fue nombrado primer ministro en el todavía inexperto gobierno de la presidenta Queralt Espino. Desde ese momento, el apellido de su familia quedó ligado al gobierno, hasta que Valentín Balaguer, el decimoprimer presidente de la República, decidió prescindir de ellos por motivos en los que los historiadores aún no se habían puesto de acuerdo. Para algunos, Balaguer quería acabar con el aumento del poder de los Fontana; para otros, se

trató de una venganza personal contra el ministro de Tecnología, miembro de la familia y amante de la esposa del presidente.

—Vosotros tres inauguraréis una nueva era. —Su padre saboreó las palabras con mayor deleite que el exquisito cordero que tenía sobre el plato.

Niel y sus primos intercambiaron miradas de orgullo. Los ojos castaños de Ingrid brillaron con soberbia.

—El Partido Laborista por la Igualdad no conseguirá impedir eso —repuso Altagracia. Masticaba despacio y solo hablaba cuando tenía la boca vacía—. Ellos no entienden lo que es el compromiso y la fidelidad a unos principios. Son una panda de egoístas que solo piensan en sus propios beneficios y no comprenden el daño que sus acciones pueden provocar en el país. Nosotros, sí. Nosotros pensamos en el bien de la nación. Y, por eso, gobernaremos.

Después de más de cinco años como miembro de la Cámara de Representantes, Niel había aprendido que lo mejor para evitar la tensión y los nervios del primer día era comportarse como si fuera una jornada más. Se levantó a su hora habitual, a las siete y media de la mañana, y desayunó un café caliente acompañado de un par de tostadas untadas con mermelada de frambuesa mientras leía las últimas noticias en su terminal. Todos los medios hablaban de lo mismo: la presencia de los veinte miembros de Igualdad en la Cámara. Los periodistas tenían distintas opiniones al respecto: algunos auguraban un futuro prometedor al partido que lideraban Abril Soler y Ariadna Torres, las jóvenes salidas del barrio del Arco en la Ciudad Soterrada; otros sospechaban que la aparición de ese partido en la vida política del país iba a repercutir en grandes cambios, aunque no aclaraban si serían para bien o para mal.

Salió de su piso y bajó en ascensor hasta la calle Nueva Gracia. Se subió a una de las pasarelas automáticas que conectaban el interior de la ciudad a modo de arterias y venas de un sistema circulatorio y dejó que lo transportara por encima de la antigua Vía Augusta,

desierta y cubierta de musgo y enredaderas. Aspiró el aire artificial y sintió su aroma a ozono y frescor. Siempre se preguntaba si sería así como habría olido el aire real, aquel que sus antepasados respiraban cientos de años antes, varios metros por debajo, en las calles de la antigua Barcelona, cuando el cielo tenía el color de los zafiros. Tampoco le preocupaba, pues eran su cielo y su aire los únicos que había conocido. Resultaba absurdo echar de menos algo que nunca se había tenido. Añorar el pasado era tan estúpido como querer saber el futuro. Era más importante vivir el presente.

La Cámara de Representantes se había construido varios metros por encima de los restos del antiguo Parlamento, junto a lo que en su momento fue el parque de la Ciudadela. Desde las plantas más altas era posible ver las ruinas a través de la cristalera, envueltas en vegetación salvaje y rodeadas de jardines que se habían convertido en selva. Si se afinaba la vista hacia el este, se podían apreciar las aguas verdes de los estanques del parque y los vestigios de los pabellones que en el pasado habían albergado museos y otro tipo de instituciones. No muy lejos de allí estaba también el antiguo zoológico, aunque ya no había animales en él; solo los insectos y las plantas habían sabido adaptarse al nuevo oxígeno del planeta. El resto de los seres vivos ya no podían respirar el aire envenenado.

Niel llegó a la Cámara diez minutos antes de las ocho de la mañana y los alrededores de la plaza Parlamento ya se encontraban atestados de periodistas que buscaban las mejores fotografías del evento. Saludó a la prensa con una sonrisa y entró en el edificio.

Cruzó el vestíbulo de la planta baja hasta los ascensores y entró en el más cercano. La primera planta albergaba los despachos de los líderes de los diversos grupos políticos con representación en la Cámara, y la segunda, los del equipo de gobierno y la Presidencia. Niel pulsó en el panel electrónico el botón del tercer piso. Antes de que las puertas se cerraran, entró un grupo de miembros de Liberación. Para no tener que iniciar una conversación de cortesía con ellos, fingió que leía en su terminal. Una vez en el tercer piso,

los ocupantes del ascensor bajaron y Niel se recolocó la chaqueta negra y los siguió.

La sala destinada al debate, conocida popularmente como el Cubo por su forma, consistía en una estancia cubierta por una cúpula de cristal que permitía la entrada de la luz del exterior. El resto estaba revestido por una pared de acero y hormigón, lo que le otorgaba aspecto de cárcel. Los asientos formaban largas hileras de bancadas, una junto a la otra, y en el centro se situaba la tribuna del orador. En el otro extremo de la sala y justo por debajo de la cúpula, se encontraba el puesto destinado al presidente de la República y, sobre él, la gran pantalla rectangular en la que se mostraban los resultados de las votaciones.

El Cubo no tardó en llenarse. Los sesenta miembros de Liberación ocuparon sus asientos en mitad de un denso murmullo. El resto de los grupos los siguieron. Niel se sentó junto a Cloe Quirós, que terminaba una llamada en su terminal en ese momento, por lo que solo lo saludó con un gesto de la cabeza. Poco después, Ingrid y Adrián entraron en la sala y se situaron a su lado. Delante de ellos, los integrantes del Partido Laborista por la Igualdad ocupaban los veinte asientos que les habían asignado. Niel reconoció enseguida a sus dos fundadoras: Ariadna Torres era una mujer corpulenta, de cabellos cortos y oscuros; Abril Soler destacaba por sus rasgos orientales y tenía el pelo recogido en una larga y espesa trenza.

Victoria Soto, la presidenta de la República, ocupó su lugar de honor por encima de la cabecera de la sala. Los escasos rayos de sol que lograban abrirse paso entre la nube de contaminación enmarcaron su rostro y formaron alrededor de su pelo rubio una aureola sagrada. En cuanto estuvo sentada, un silencio sepulcral inundó el Cubo. Los ojos azules de Soto observaron a todos los presentes; parecía tener la habilidad de mirar a la vez a los ciento cuarenta diputados que formaban la Cámara de Representantes. Niel sintió su mirada gélida clavada en él. A su lado, Ingrid se removió incómoda en el asiento.

—Hoy, quince de septiembre de 2225, da inicio la vigesimoquinta legislatura de la República —empezó a decir Soto.

Inició su discurso de cada año, en el que daba la bienvenida a los nuevos miembros y se felicitaba por el sistema democrático republicano como si lo hubiera inventado ella. Niel desconectó a los cinco segundos. En su lugar, se fijó en las nuevas incorporaciones de la Cámara. La mayoría de los miembros de Igualdad parecían aburridos, incluso detectó algún bostezo mal disimulado. La única que observaba con atención a Soto era Abril Soler. Reconoció la admiración en su mirada oscura y sintió una leve punzada de lástima por aquella joven recién llegada y novata en el mundo de la política. Pronosticó que en un año esa ilusión se habría convertido en la más profunda de las miserias.

La presidenta acabó su disertación y dio paso a los demás grupos. El primero en hablar fue Itzal Agramunt, líder de Liberación y primer ministro desde hacía más de cuatro legislaturas. Era un hombrecillo escuálido, dotado de una cabeza demasiado grande para un cuerpo esmirriado. Su rostro arrugado aparentaba mucha más edad de los cincuenta y un años que aseguraba tener.

—Durante esta nueva legislatura —aseguró con su vocecilla de adolescente tímido—, el gobierno que yo presido seguirá las mismas líneas de años anteriores y buscará el consenso con el resto de los grupos de la Cámara.

«Palabras vacías», se dijo Niel. Sabía lo que eso significaba: no pensaban mojarse en nada y solo querían congraciarse con todo el mundo para que, en las siguientes elecciones, volvieran a votarlos.

—Quiero aprovechar para dar mi más calurosa bienvenida a los miembros del Partido Laborista por la Igualdad. —El primer ministro se giró y miró a Torres y Soler. Las dos jóvenes lo observaban con atención—. La vida es difícil en estos tiempos. Y somos conscientes de que en la Ciudad Soterrada lo es aún más. Me alegra saber que nuestros conciudadanos que viven entre la roca van a tener representación en la Cámara a partir de ahora.

La bancada de Liberación aplaudió y los de Igualdad los imitaron sin el mismo entusiasmo. Torres batió las palmas casi con desgana; en cambio, Soler celebró las palabras de Agramunt con una efusiva sonrisa. Niel sacudió la cabeza. Resultaba evidente que la muy ingenua se había creído sus mentiras.

La presidenta dio la palabra a continuación a las líderes de Igualdad. La encargada de hacer su discurso introductorio fue Abril Soler. La joven se levantó y su trenza oscura le resbaló por los hombros. Niel se preguntó qué aspecto tendría su pelo suelto.

—Les quiero dar las gracias por su amable bienvenida. —La voz de Soler tenía la musicalidad de las aguas de un riachuelo recién nacido—. Lo que ha dicho el señor Agramunt es cierto: la vida en la Ciudad Soterrada es dura. Ustedes lo saben y, por algún motivo, nunca les ha importado. Hasta ahora. —Niel sintió que su mirada se posaba en él, pero no apartó la vista. No iba a permitir que esa mujer le hiciera sentir incómodo—. Ustedes piensan que queremos robarles su dinero y sus posesiones, apropiarnos de sus casas y quitarles sus beneficios. —La joven sacudió la cabeza y la trenza bailó sobre sus hombros—. Nada de eso es cierto. Lo único que deseamos es que las personas de la Ciudad Soterrada tengan los mismos derechos y las mismas oportunidades; esas que viven entre la roca debajo de sus pies, que trabajan en las fábricas y en las granjas para que aquí tengan aire puro, comida y agua. Nuestra gente, de carne y hueso para nosotros, pero invisibles para ustedes porque nunca los han visto.

Cloe se removió en el asiento de al lado e Ingrid emitió un pequeño gruñido. La mirada oscura de Soler seguía fija en su bancada y Niel pensó que se estaba dirigiendo a ellos.

«Como si los de Liberación no se portaran igual».

—Nosotros vamos a asegurarnos de que dejen de ser invisibles y de que consigan los mismos derechos —continuó—. Igual que hace dos siglos, cuando todos los habitantes tenían acceso a la educación o a la sanidad.

—Te lo ha puesto fácil —le susurró Ingrid a Cloe, quien esbozó una sonrisa torcida.

Las palabras de Soler recibieron una acalorada ovación de los miembros de su grupo. Algunos de Liberación también aplaudieron, entre ellos Agramunt.

La líder de Orden y Progreso fue la siguiente en hablar. Cloe Quirós se levantó, miró a la presidenta y, después de agradecerle la concesión de la palabra, con un gesto de la cabeza que sacudió su pelo rizado y negro como el carbón, inició su discurso. Al principio, Niel reconoció el mismo de cada año político y no detectó ningún cambio hasta el final.

—Señora Soler, la comprendo. —La voz de Cloe era tan oscura como su piel, aunque sabía cómo disfrazar sus palabras con una pincelada de miel—. Entiendo su rabia después de tantos años viviendo allí abajo. Debe ser frustrante. —La mirada de Soler ardió como dos tizones al fuego—. Es cierto que durante los últimos siglos se han cometido errores, y es también cierto que, en muchos casos, ha sido su gente quien más ha sufrido a causa de ellos. Pero los estamos subsanando gracias a medidas como la ampliación de la cobertura sanitaria y de la educación. —Torres bufó y Soler meneó la cabeza. Las palabras de Cloe eran verdaderas hasta cierto punto, ya que la cobertura sanitaria solo llegaba hasta aquellas personas que pudieran costearse el copago con el que funcionaba, y la educación seguía estando reservada a las familias que la pudieran pagar—. Volver al pasado no es buena idea. ¿De verdad quiere regresar a la situación de hace dos siglos? ¿Cuando nuestro país ni siquiera existía? ¿Pretende ignorar la lucha de Queralt Espino para que nuestros derechos como pueblo fueran reconocidos?

Su bancada rugió en aplausos en cuanto Cloe se sentó. Frente a ellos, los de Igualdad permanecieron mudos.

—Mira sus caras —murmuró Ingrid. Su prima disfrutaba como una niña pequeña en un día de feria—. Fíjate en Soler. Está rablando por dentro. Si pudiera, se levantaría y te cortaría el cuello.

—Su prima palideció al imaginarlo—. Ten cuidado. Esa gentuza es capaz de hacerlo.

Soler volvió a levantarse y, tras un asentimiento por parte de la presidenta, respondió a las palabras de Cloe:

—Cuando usted se refiere a la situación de hace dos siglos, señora Quirós, obvia la igualdad que en ese momento existía entre los ciudadanos del país. Habla de nuestros derechos como pueblo, pero no menciona nuestros derechos como seres humanos. ¿Tal vez es porque no le interesa perder los privilegios que disfrutaban los de su clase?

En esa ocasión, fue la bancada de Igualdad la que ovacionó las palabras de su líder. Cloe, rascándose su mata de rizos encrespados, no esperó a que Soler se sentara para contestarle:

—Disculparé sus amenazas veladas porque aún no comprende las reglas políticas que imperan en el Cubo, señora Soler. No se preocupe, todos hemos sido novatos alguna vez. Imagino que, en su caso, viniendo de donde viene, aún debe de resultar más complicado adaptarse a nuestras normas.

La joven esbozó una sonrisa confiada y Niel se preguntó qué estaría pensando responder.

—Y yo disculparé su condescendencia, señora Quirós. Es más, incluso le agradezco su enérgica preocupación por mi capacidad para adaptarme a sus normas. No tema, porque incluso alguien como yo, que tengo la desgracia de venir de donde vengo, soy capaz de tratar a mis rivales políticos con respeto y sin juicios preestablecidos. No dudo de que usted, más experimentada que yo, también sabrá hacerlo.

La ovación de Igualdad se volvió atronadora. Cloe se sentó con las mejillas encendidas e Ingrid gruñó. Niel tuvo que disimular una sonrisa.

«No puedo negar que la ha puesto en su sitio», pensó.

La presidenta Soto dio por finalizada la sesión y Niel salió del Cubo con el resto de su grupo. Cloe caminaba con pasos acele-

rados, mientras Ingrid apretaba los puños y mantenía los labios unidos en una línea delgada. Al llegar a la calle, se encontraron con una situación asombrosa: un grupo de adolescentes y personas de mediana edad se habían congregado en la plaza Parlamento y clamaban el nombre de Abril Soler. Vestían con ropas de mala calidad, pantalones desgastados, chaquetas con coderas viejas y botas sucias.

—¡Has estado genial, Abril! —le gritó uno de los chicos. A Niel le sorprendió ese trato de familiaridad—. ¡Te hemos visto por la televisión!

—¡Eres la mejor! —la animó otro. Soler se acercó a ellos con una amplia sonrisa y les estrechó las manos. El griterío aumentó. A su lado, Ingrid gruñó como un gato encerrado.

—Míralos —masculló—. Son animales salvajes.

Varios miembros del cuerpo policial intervinieron para permitir que Soler y Torres pudieran salir del gentío. Ingrid rezongó una maldición y Adrián rio en voz alta. Los mellizos se alejaron despacio y Niel permaneció quieto unos segundos más, observando cómo las dos líderes de Igualdad se perdían entre la muchedumbre. Lo último que vio fue la trenza negra de Soler oscilar como un péndulo en un movimiento tan hipnótico que, durante un momento, se quedó aturdido y perdió la noción del lugar donde se encontraba.

CAPÍTULO 3



Abril

Abril se arrellanó en la silla y observó el pequeño caos a su alrededor. Ariadna, Dídac y Joel iban de una pantalla a otra mientras revisaban la documentación necesaria para la solicitud de la primera propuesta de ley de Igualdad. Ariadna había decidido hacerlo ese mismo día para que llegara lo antes posible a la Cámara.

En un descanso, Joel se sentó a su lado y le guiñó un ojo detrás de sus gafas de pasta.

—Estuviste increíble —la alabó—. ¿Puedo verlo otra vez?

Ella suspiró, aunque no se negó. Había pasado casi dos semanas desde la primera sesión y era incapaz de sacarse de encima el sentimiento de júbilo. Tampoco ayudaba que el resto de los miembros del partido se hubieran dedicado a halagarla y que toda la gente de su barrio besara el suelo que ella pisaba. Con una mirada de orgullo, recogió el terminal de la mesa y recuperó el vídeo de la sesión. Joel le pidió que avanzara las partes en las que hablaban la

presidenta de la República y el primer ministro Agramunt, y fue hasta su discurso. Sus palabras empezaron a salir por los altavoces del terminal y rebotaron en las paredes.

—Incluso alguien como yo, que tengo la desgracia de venir de donde vengo, soy capaz de tratar a mis rivales políticos con respeto y sin juicios preestablecidos. No dudo de que usted, más experimentada que yo, también sabrá hacerlo —repitió Joel, extasiado—. Me encanta esa parte. Mira sus caras, fíjate.

El joven señaló la pantalla a la vez que daba frenéticos saltos sobre el asiento. En la imagen, Ingrid Fontana arrugaba el gesto y apretaba los puños, mientras su mellizo esbozaba una sonrisa perturbadora que a Abril le recordó a la de un demente. Junto a ellos, el único hijo del patriarca de la familia se mantenía sereno, como si la cosa no fuera con él. Había visto a Niel Fontana mil veces en la televisión y en cientos de diarios digitales, y al tenerlo delante en carne y hueso por primera vez, con su traje negro impoluto, su bien peinado cabello castaño y su rostro perfectamente afeitado, pensó que parecía un ser demoníaco salido del más oscuro de los infiernos.

En el vídeo la joven finalizó su intervención y tomó asiento entre los aplausos de Igualdad. Antes de detener la grabación, se fijó en algo que no había detectado antes: Fontana esbozaba una leve sonrisa, no una maquiavélica como la de su primo, sino una cargada de algo que interpretó a medio camino entre la burla y la condescendencia.

—Fuiste la mejor. —Dídac abandonó durante unos instantes las pantallas y se acercó a ellos—. Lo que habría dado por estar allí y plantarles cara a esos impresentables...

—Es injusto —coincidió Joel con amargura en la voz. Al igual que Dídac, él tampoco podía permitirse el lujo de faltar ni una sola hora a la fábrica en la que trabajaba después de haberse quedado arruinado tras someterse a los procedimientos quirúrgicos necesarios para su reasignación sexual.

«Nadie debería arruinarse para estar sano», solía decir Queralt a menudo, y ella sabía bien de lo que hablaba. Al recordarla, Abril

desvió la mirada hacia la esquina izquierda del terminal. La luz verde seguía sin encenderse. Su amiga no había contestado a ninguno de los mensajes que le había enviado. Dídac y Joel, obnubilados con la sesión parlamentaria, no parecían preocupados, y Ariadna tenía otras cuestiones importantes que atender. Abril sabía que no debía preocuparse. Si le hubiera pasado algo grave, su madre la habría avisado. Sin embargo, no dejaba de pellizcarse los dedos y de mirar la pantalla a cada minuto.

En cuanto dejó el terminal sobre la mesa, el led verde se encendió y una pequeña miniatura en la esquina izquierda le informó de que había recibido un mensaje. Lo cogió como una exhalación. Retiró con ansiedad la pantalla de su identificador personal y fue hasta el menú de los mensajes. Tenía uno nuevo de Queralt.

Queralt:

Estoy bien. Gracias por tu interés. ¿Qué tal todo?

Empezó a escribir, pero se lo pensó mejor y pulsó sobre el nombre del contacto durante cinco segundos hasta que se inició una llamada. Al cabo de unos interminables minutos, la voz cansada de Queralt sonó al otro lado de la línea:

—Hola, Abril. ¿Es que estabas preocupada por mí?

Ella bufó.

—Claro que lo estaba. ¿Por qué no me has contestado antes?

Adivinó la sonrisa de su amiga al otro lado.

—Lo siento. Tuve una arritmia y me llevaron al hospital. Ya sabes, lo de siempre.

—¿Y cómo estás ahora?

—Viva. —Después de un largo silencio, Queralt añadió—: Te vi en la Cámara. Estuviste muy bien.

Abril esperó un *yo lo habría hecho mejor* que no llegó.

—Gracias. Hice lo que pude.

—Qué va. Lo hiciste genial, de verdad. —Ese halago por parte de Queralt era un gran cumplido—. Estoy orgullosa de ti. Sabes que te espera un año duro, ¿verdad?

La joven tragó saliva.

—Lo sé. —Quiso decir algo más. Le habría gustado preguntarle si ella estaría a su lado para apoyarla en los momentos difíciles, como antes, pero no le salieron las palabras.

—Tengo que colgar. Mi madre no me deja hablar durante mucho tiempo.

—Lo siento —se apresuró a decir Abril—. Ha sido culpa mía. Tal vez no debí haberte llamado...

—No digas eso. Me gusta oír tu voz.

Imaginó la sonrisa de Queralt. Pudo incluso ver sus hoyuelos e intuir sus dientes blancos debajo de esos labios rosados que sabían a fresa.

Nada más colgar la llamada, Ariadna se acercó a ella y agitó una pequeña unidad de memoria en su mano derecha.

—Aquí está —anunció—. El proyecto de ley y la exposición de motivos. Nuestro futuro en un cacharro tan pequeño, ¿qué te parece? ¿Haces los honores?

Abril suspiró. Cogió la unidad con dedos temblorosos y la introdujo en uno de los puertos de lectura de su terminal. Mientras accedía al portal del gobierno de la República, pensó que la contaminación también había traído cosas buenas. Siglos atrás sus antepasados habrían tenido que desplazarse para acudir a unas dependencias físicas, esperar una cola de varias personas y firmar unos documentos. Ahora ya no existía el papel, así que la mayoría de las gestiones se hacían de manera telemática. Presentar su proyecto de ley fue tan fácil como traspasar el contenido de la carpeta de la unidad de memoria a la oficina virtual de solicitud de trámites.

—Ahora solo nos queda esperar —dijo Dídac, acomodándose en su asiento y colocando los brazos bajo la cabeza.

—Eso y que nuestra querida Abril cumpla con su parte —repuso Ariadna a la vez que le pasaba un brazo por los hombros. Igualdad necesitaba convencer a los otros grupos de la Cámara para que emitieran un voto favorable, y habían decidido dejar esa responsabilidad en manos de Abril. Aunque eso la llenaba de orgullo, también le causaba una agitación interna que solo había sentido con los exámenes de acceso a la universidad.

—No temas —la tranquilizó Joel—. Por lo general suele pasar un mes entre la aceptación de la solicitud y la programación del día de defensa en la Cámara. Tienes tiempo para prepararlo.

Deseó que Queralta hubiera estado a su lado en ese momento para darle ánimos. En todo caso, se repitió a sí misma, todo saldría bien y no tenía motivos para estar nerviosa.

Joel no acertó en su pronóstico y la sesión fue fijada para el día quince de octubre, apenas dos semanas después de la presentación del proyecto. Abril estaba segura de que no tendría tiempo de prepararse y que haría el más espantoso de los ridículos. Para terminar de animarla, los medios de comunicación no dejaban de hablar de lo difícil que sería la defensa en la Cámara de la ley Soler, bautizada así por ser ella quien había firmado la solicitud. Todos auguraban un desastre de dimensiones bíblicas. Oliver, cada vez que la encontraba viendo los informativos en la televisión o leyendo algún diario digital, apagaba la pantalla y le aseguraba:

—Los medios están vendidos. No les hagas caso.

La noche anterior a la sesión durmió mal. Soñó que se levantaba de su asiento en el Cubo y, al intentar hablar, se percataba de que había perdido la voz. Los miembros de la Cámara se burlaban de ella y Ariadna la acusaba de ser una inútil. Joel y Dídac aparecían en la sala para mofarse y Queralta, desde el banco de la presidenta Soto, sacudía la cabeza mientras su mirada verde destilaba decepción.

Se despertó de golpe con la espalda empapada en sudor. Minerva, a los pies de la cama, gruñó y se dio la vuelta para seguir

durmiendo. A través de la puerta de la habitación le llegaban los ruidos de su hermano deambulando por la casa, así que se levantó.

Desayunó un café y tardó tres cuartos de hora en elegir la ropa más adecuada entre su escaso vestuario. Desde el salón, Oliver le lanzaba consignas de ánimo y aliento.

Fue en moto por las antiguas vías de metro convertidas en calles hasta el intercambiador del Barrio del Arco. Entró en el ascensor, que ocupaba la mayor parte de un vestíbulo pequeño y envuelto en piedra y, por inercia, su dedo estuvo a punto de pulsar el botón del medio, el que conducía a las ruinas de la Barcelona antigua. Presionó el de arriba del todo, el que subía hasta la Ciudad de Cristal, y esperó con paciencia a que el elevador iniciara el trayecto. En ese caso, como no iba a efectuar parada en la zona intermedia, el sistema de saneamiento no le desinfectó la ropa, por lo que el viaje fue más rápido.

El ascensor emergió al exterior entre la roca y pasó junto al vestíbulo de la antigua estación de metro del Arco de Triunfo. Abril lo contempló a través del vidrio con añoranza hasta que lo acabó perdiendo de vista bajo sus pies. Con un leve quejido, el elevador penetró entre las cristaleras de la Ciudad de Cristal y fue subiendo despacio hasta que se detuvo con un leve siseo. Las puertas frente a ella se abrieron y se adentró en un vestíbulo el doble de grande que en la Ciudad Soterrada, envuelto en vidrios tras los que el sol se esforzaba por brillar entre capas y capas de contaminación.

Cogió la moto del manillar y la llevó despacio hasta una de las calles habilitadas para vehículos que se extendían junto a las pasarelas automáticas. Se sentó y arrancó mientras observaba la pared de vidrio, tan fina que parecía que las nubes estaban allí mismo y las podría tocar si alargaba la mano.

Aspiró el aire artificial y notó su olor a ozono puro, tan distinto al de la Ciudad Soterrada que no parecía proceder del mismo sitio. Pese a lo mucho que detestaba visitarla, lo cierto era que admiraba la belleza de la Ciudad de Cristal y, sobre todo, la habilidad que

tuvieron sus constructores en crear esas pasarelas móviles a modo de calles y esos edificios altos con plantas conectadas por ascensores y envueltos en vidrios. Y la cristalera que lo envolvía todo como una gigantesca pecera. Todo eso, unos metros por encima de la antigua Barcelona. Por supuesto, era una maravilla de la ingeniería, una maravilla de suelos de grafeno y paredes de cristal que les había costado millones y que simbolizaba como ninguna otra cosa el deseo de la clase dirigente de permanecer por encima del resto del pueblo de la manera más literal posible.

A las ocho y cinco minutos, entró como una exhalación por la puerta de la Cámara. Subió en el ascensor al primer piso y corrió hasta el despacho de Igualdad, que se encontraba en la esquina al final del pasillo, junto a los de los grupos más pequeños.

Ariadna aún no había llegado. Abril irrumpió en el cuarto de baño y vomitó el café. Observó su imagen en el espejo y las piernas le temblaron. Tenía tan mal aspecto que parecía haber muerto y resucitado varias veces. Apoyó las manos sobre la superficie de mármol de la encimera y respiró hondo. El reflejo de una mujer indefensa y vulnerable la contemplaba con pavor.

«Esa no soy yo. Puedo hacerlo. Soy capaz».

Se mojó la cara con agua fresca y la secó con cuidado. Durante unos segundos se quedó embobada con la vista fija en el chorro que fluía del grifo. En ningún barrio de la Ciudad Soterrada el agua salía tan prístina, y en muchos de ellos las tuberías permanecían secas durante largas temporadas.

Por un instante, las gotas se congelaron frente a su retina y se transformaron en un milagro químico. Le hicieron preguntarse por qué la vida era tan sencilla allí arriba.

Salió del cuarto de baño y se sentó junto a la mesa del despacho. El primer día se había encargado de guardar en los cajones uno de sus mayores tesoros: un libro en papel de cuentos de Poe con varias hojas recosidas a mano y un lomo descolorido que ya no permitía leer el título. Lo sacó y pasó unas cuantas páginas. El aroma a papel

antiguo y el tacto rugoso en los dedos lograron apaciguarla; era como volver a casa y recibir el abrazo de un viejo amigo.

La puerta del despacho se abrió de manera violenta y apareció Ariadna en el marco.

—¡Abril! ¿Estás lista? La sesión está a punto de empezar.

Cerró el libro y volvió a guardarlo en el cajón. Echó un último vistazo a su imagen en el espejo y asintió como si se diera el visto bueno a sí misma. Se recordó que era un día importante. Debía hacerlo bien. Por ellos. Por su gente.

Subió hasta el tercer piso y entró en el Cubo con un nudo en el estómago. A su lado, Ariadna le dio un ligero empujón y casi tuvo que conducirla hasta la bancada de Igualdad.

Todas las miradas se clavaron en ella a medida que avanzaba por el pasillo principal. Algunos miembros de Liberación la observaron con empatía, la mayoría con condescendencia. Agramunt la saludó con una ligera inclinación de cabeza y enseguida apartó la vista.

Pasó junto a la bancada de Orden y Progreso. La mujer asustada del espejo quiso encogerse, pero se negó. Invocó su orgullo y levantó la cabeza con dignidad y algo de soberbia. Los mellizos no se dignaron a mirarla y Quirós fingió que leía en su terminal. En cambio, Niel Fontana clavó en ella sus ojos fríos como el acero. «Ten cuidado con él —le advirtió una voz en su cabeza—. No te lo va a poner fácil».

La sesión empezó como cualquier otra. Victoria Soto, sin levantarse de su asiento, les dio la bienvenida, informó que era la sesión número dos de la vigesimoquinta legislatura de la República y añadió:

—A continuación debatiremos sobre la proposición de la ley 243, propuesta el pasado día cinco de septiembre por la diputada del Partido Laborista para la Igualdad Abril Soler. —La presidenta le lanzó una mirada indiferente, como si la cosa no fuera con ella—. Señora Soler, tiene usted la palabra.

La mano de Ariadna apretó la suya y Abril se levantó despacio. Saboreó los nervios en la boca del estómago y la sensación de estar

a punto de caer por un precipicio. Se acordó del día en que presentó el proyecto final de la carrera delante de una mesa abarrotada de profesores de la facultad. No dejaba de ser algo parecido.

—Una ley contra los despidos por baja productividad —empezó a decir. La voz le salió pastosa al principio, como una serpiente arrastrándose por su garganta— resulta fundamental para lograr la igualdad entre la Ciudad Soterrada y la Ciudad de Cristal. No es necesario que explique aquí en qué consisten esos despidos, porque me consta que muchos de ustedes los han practicado en alguna ocasión o conocen a algún empresario que lo ha hecho. —Un murmullo molesto recorrió la sala. Abril no se amilanó; alzó la voz y prosiguió—. Hasta ahora, cualquier directivo podía usar ese recurso para despedir a sus empleados sin motivo aparente. Con la ley que presentamos, las empresas deberán razonar esa supuesta baja productividad. Si no pueden hacerlo, es que es falsa. Y sin causa justificada, no habrá despido.

El murmullo se transformó en griterío. Los mellizos Fontana se miraron y esbozaron sonrisas burlonas.

Abril se sentó y su grupo le dedicó una oleada de aplausos. Lo peor no había hecho más que empezar. Ahora llegaba el turno del resto de los partidos y sabía que no se lo pondrían fácil. Frente a ella, Quirós y Fontana intercambiaron una mirada y un asentimiento. Él se levantó y sus ojos grises atravesaron a Abril. La joven tragó saliva. Pese al aire acondicionado del Cubo, una capa de sudor perló su frente.

—Señora Soler, por favor, acláreme una duda. —Su voz era tan fría como su mirada—. ¿Cómo piensa que se puede justificar la supuesta baja productividad? ¿Con informes de resultados, tal vez? —Ella se encogió de hombros y asintió—. ¿Y no cree que eso supondría meses de análisis y pérdidas de tiempo y dinero?

—Esa es una cuestión que solo afecta a las empresas —replicó Abril. Las sienes le palpitaban con furia—. El problema es que para

ellas los trabajadores solo son instrumentos que usan para cobrar la subvención cada tres años de manera irregular.

—¿Está en contra de una medida que ha permitido a las empresas aumentar el nivel de la contratación?

—Aumentarlo hasta el punto de contratar a más personal del que necesitan —rebatía ella.

—Por eso tarde o temprano deben llevar a cabo despidos.

—Eso tiene fácil arreglo —repuso la joven—. Que contraten menos.

Fontana sonrió y ella reparó tarde en su error.

—Entiendo. ¿Defiende usted que la contratación disminuya?

—No es eso lo que he dicho. —Abril sintió la sangre agolpada en las mejillas y quiso gritar.

«¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo ha conseguido hacerme caer en una trampa tan burda?».

—Señora Soler —añadió él—, esas empresas que usted critica dan trabajo y dinero al país. Imagino que lo sabe. Sin ellas, es posible que la República no pudiera tenerse en pie. Si a las empresas les va mal, nos va mal a todos; no solo a los que vivimos aquí, en esta Ciudad de Cristal que ustedes tanto detestan. También a los ciudadanos que pretenden proteger. ¿Eso es lo que quieren?, ¿perjudicar a los suyos?

Un intenso murmullo recorrió las bancadas. Ariadna tomó la mano de Abril y la apretó con fuerza. Las sienes le ardieron de nuevo y notó un sudor frío helarle la espalda. Habría salido huyendo de haber podido.

—Por supuesto que no —se defendió—. No finja que le importan esas personas, señor Fontana, porque usted, como todos los suyos, solo se preocupa de sus propios intereses. Los intereses de los poderosos.

—El problema que no parece entender es que la República es un ente común. Si consiguen aprobar esa ley, perjudicarán a los

grandes empresarios y eso repercutirá de manera negativa en la economía del país.

—No vamos a prohibir los despidos —insistió Abril—. Lo que buscamos es impedir prácticas injustas e irregulares por parte de las empresas. Solo queremos defender a los nuestros.

La sonrisa de Fontana se agrandó.

—En eso estamos de acuerdo, señora Soler. *Solo* quieren defender a los suyos.

Él volvió a sentarse y Abril sintió que el suelo de la Cámara se abría bajo sus pies. En cuanto la sesión terminó, salió del Cubo sin esperar a Ariadna. De un par de zancadas entró en el cuarto de baño del tercer piso. Cruzó el breve vestíbulo y abrió la puerta de uno de los cubículos interiores con tanta fuerza que golpeó a su espalda con un estruendo y la asustó. Se llevó las manos a la cabeza y se frotó el pelo. Notaba una imperiosa necesidad de gritar y llorar. Le escocían los ojos y tenía un nudo en la garganta que no desaparecía. Dio un puñetazo en la pared. La sensación de euforia mezclada con pánico de hacía unas horas había desaparecido; en su lugar, solo quedaba rabia y frustración.

Sabía que Niel Fontana no se lo iba a poner fácil, pero no pensaba que fuera a ser tan horrible. Le había hecho parecer malvada y cruel y él había quedado como el bueno. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Por qué se sentía cómo si hubiera hecho el ridículo?

Golpeó un par de veces más la pared. Lágrimas de impotencia asomaron a sus ojos y las derramó en mitad de profundos sollozos. Se dejó caer al suelo y permitió que la furia surgiera en forma de llanto incontrolado. El tufo a lejía y desinfectante se mezcló con el olor a sudor y desodorante que emanaba de su cuerpo y sintió náuseas.

«No permitas que te haga esto —pensó una parte de su cabeza—. No permitas que te derrumbe. Tú eres más fuerte».

Recordó por quién y gracias a quién estaba allí: su gente. Debía luchar por ellos. Se secó las lágrimas y se puso de pie despacio. Salió del cubículo rezando para no encontrarse con nadie que

hubiera escuchado su arranque de rabia. Por fortuna, el interior del cuarto de baño estaba vacío. Fue hasta el lavamanos y abrió el grifo. Se frotó la cara hasta que no quedó ni un indicio de que había llorado: no iba a permitir que nadie de ese mundo de cristal fuera consciente de su debilidad.

Se acercó a la puerta que daba al pasillo y la empujó con suavidad. Deseó que los de Orden y Progreso ya se hubieran marchado. Si Fontana era tan cruel en una sesión grabada y retransmitida en directo a todo el país, no podía imaginar cómo sería en privado, sin cámaras ni testigos de sus palabras.

Salió del cuarto de baño y enseguida se encontró con Ariadna. Su amiga la había esperado fuera y la observaba con evidente preocupación en sus ojos redondos.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber—. ¿Quieres que te lleve a...?

—No —repuso ella. Respiró hondo—. Prefiero ir sola. Gracias.

—Asintió—. Estoy bien, Ariadna.

—Cuando se apruebe nuestra ley, serán ellos los que llorarán.

—Abril apretó los labios para evitar un nuevo acceso de lágrimas—. Ya lo verás. Solo espera un poco.

Ariadna le dedicó una sonrisa y se marchó. Abril había dejado su moto en el aparcamiento de la Cámara, al que se accedía a través de una pasarela en la planta baja. Se acercó hasta los elevadores y compartió uno con un grupo de miembros de los partidos pequeños.

Algunos le dirigieron sonrisas complacientes y eso le hizo sentir mejor: por lo menos había gente que la valoraba. Mientras quedara una sola persona que apreciara su trabajo, no permitiría que nadie la tumbara.

Salió del ascensor con una sonrisa y la confianza renovada. Siguió las indicaciones hasta la puerta que conducía a la pasarela, en el otro extremo del vestíbulo. Giró por una esquina hacia la derecha y se detuvo de golpe: Niel Fontana se encontraba en el centro del pasillo y miraba algo en su terminal, pequeño y de apariencia ligera y delicada, no como los compactos y pesados que usaban abajo.

Estaba solo y sonreía como si estuviera leyendo algo divertido. Se encontraba justo en el camino hacia la pasarela y no había otra manera de llegar hasta allí.

El corazón se le desbocó en el pecho y un nudo se formó en su estómago. Sus piernas se paralizaron. «No seas idiota. Tienes que seguir adelante. No permitas que ese impresentable te tumbe. Nunca».

Respiró hondo y reanudó el paso. Las rodillas le temblaban un poco, pero confió en que él no se diera cuenta. Al pasar por su lado, Fontana levantó la vista del terminal y sus miradas se cruzaron. Nunca había estado tan cerca de él y reparó en que sus ojos eran del color de las perlas. Un agradable aroma a vainilla emanaba de su cuerpo y de su ropa, oscura como la entrada a los infiernos. Se obligó a mirar hacia delante y a concentrarse en la puerta al final del pasillo, que le parecía inalcanzable.

—Espero que esta primera sesión no haya sido demasiado dura para usted, señora Soler.

Abril se giró y clavó su mirada furiosa en él. Fontana guardó el terminal en uno de los bolsillos de su chaqueta y se acercó despacio. Una engreída sonrisa adornaba su rostro.

—Por supuesto que no —replicó ella. Su voz sonó tan brusca y afilada como un cuchillo.

—Tiene aspecto de ser una persona fuerte. Y espero que lo sea, porque si no ha podido soportar esta primera sesión, dudo mucho que pueda resistir todo el año político.

La joven cerró los puños para evitar estamparle un puñetazo en su mandíbula pulcramente afeitada.

—Claro que resistiré —repuso. Le hervía la sangre al ver su sonrisa socarrona y el brillo de sus ojos mientras ella ardía en deseos de golpearlo. ¿Por qué estaba tan tranquilo?—. Es lo que querría, ¿verdad? Que me rindiera, que todos nosotros lo hiciéramos.

—Es cierto que eso nos facilitaría mucho las cosas —reconoció él con una mueca burlona. Abril se esforzó en ocultar un gruñido de rabia—. Aunque también lo haría más aburrido, ¿no cree?

—Para usted no es más que un juego. ¿Es que las vidas de las personas de la Ciudad Soterrada son solo una broma?

—Eso no es así —objetó él—. Me preocupo por todo el país, señora Soler. Y el país no solo está formado por sus amigos de la Ciudad Soterrada. Para que funcione es necesario proteger a las empresas y a los grupos poderosos. El mundo funciona así.

—El mundo se puede cambiar.

Fontana esbozó una sonrisa que a Abril le pareció casi triste.

—¿En serio lo piensa? Lo que pretende es una utopía. Un imposible.

—¿Y qué pretenden ustedes? —preguntó ella—. Yo lucho por el pueblo y por sus intereses. ¿Por qué luchan ustedes? —Sacudió la cabeza—. Son unos egoístas que solo piensan en sus propios intereses. Solo quieren alcanzar el poder para aplastar a los que están por debajo.

—Qué ingenua es, señora Soler. —Sus ojos grises sonrieron y una parte del cerebro de Abril pensó que eran hermosos—. Típico de una recién llegada. Todo el que empieza en política dice lo mismo: que solo le interesa luchar por el pueblo. Pero para conseguir eso, tiene que llegar al poder. Y para hacerlo deberá ser egoísta y pensar antes en usted que en su pueblo.

—No es verdad.

—Claro que lo es —insistió él—. No puede cambiar las cosas desde fuera. Debe estar dentro, en el gobierno. ¿Qué pasará si se rechaza su ley? Todos sus esfuerzos no habrán servido de nada. Así que querrá conseguirlo de una manera más rápida, tal vez irregular. Y dirá que lo hará por el bien del pueblo. Incluso puede que se lo llegue a creer. Y así, poco a poco, se dejará corromper por el poder. Porque el poder corrompe, señora Soler. Siempre.

—No —repuso ella—. A mí no me pasará. Mis objetivos son nobles.

La sonrisa de Fontana se amplió. Abril pensó que era demasiado bonita para alguien tan engreído y prepotente como él.

—Ya está empezando a pasarle. Dice que su objetivo es noble. ¿Y quién decide eso? Usted. Ha decidido que su objetivo es más noble que el mío porque le interesa pensar así.

El joven se dio la vuelta y caminó hacia la puerta del fondo. Ella se quedó quieta, envuelta en la nube de vainilla que él había dejado, todavía con sus ojos grises y sus palabras clavadas en el cerebro. Las piernas volvieron a temblarle y necesitó sujetarse a la pared para no derrumbarse.

«No tiene razón —trató de convencerse—. Eso no me ocurrirá a mí. No me dejaré corromper. Nunca. Pase lo que pase».

